

¡Jesucristo ha resucitado!

El amor ha derrotado al odio, la vida ha vencido a la muerte,
la luz ha disipado la oscuridad.

Jesucristo, por amor a nosotros, se despojó de su gloria divina; se vació de sí mismo, asumió la forma de siervo y se humilló hasta la muerte, y muerte de cruz. Por esto Dios lo ha exaltado y le ha hecho Señor del universo.

Con su muerte y resurrección, Jesús muestra a todos la vía de la vida y la felicidad: y esta vía es la humildad, que comporta la humillación. Este es el camino que conduce a la gloria. Sólo quien se humilla pueden ir hacia los «bienes de allá arriba», a Dios (Col 3,1-4).

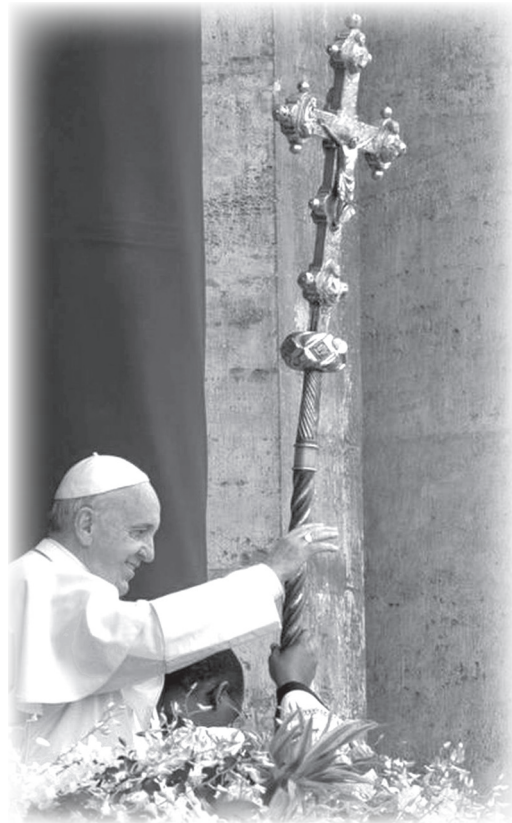


El orgulloso mira «desde arriba hacia abajo»,
el humilde, «desde abajo hacia arriba».
El mundo propone imponerse a toda costa,
competir, hacerse valer...

Pero los cristianos, por la gracia de Cristo
muerto y resucitado, son los brotes de otra
humanidad, en la cual tratamos de vivir
al servicio de los demás, de no ser altivos,
sino disponibles y respetuosos. Esto no es
debilidad, sino auténtica fuerza.

Quién lleva en sí el poder de Dios, de su amor
y su justicia, no necesita usar violencia,
sino que habla y actúa con la fuerza de la
verdad, de la belleza y del amor.

Pidamos paz y libertad para tantos hombres y
mujeres sometidos a nuevas y antiguas formas
de esclavitud por parte de personas
y organizaciones criminales.



Paz y libertad para las víctimas de los traficantes de droga, muchas veces aliados con los poderes que deberían defender la paz y la armonía en la familia humana. Imploremos la paz para este mundo sometido a los traficantes de armas, que ganan con la sangre de hombres y mujeres.

Que a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, llegue la voz consoladora y sanadora del Señor Jesús: «La paz esté con ustedes». (Lc 24,36).

“No teman, he resucitado y siempre estaré con ustedes”. Queridos hermanos y hermanas, ¡Feliz Pascua!



Vivir de su presencia

El texto del Evangelio de este segundo domingo de Pascua nos relata que el grupo de discípulos se transforma cuando ven a Jesús resucitado en medio de ellos. Recuperan la paz, desaparecen sus miedos, se llenan de una alegría desconocida, notan el aliento de Jesús sobre ellos, abren las puertas y salen porque se sienten enviados a vivir la misma misión que él había recibido del Padre.

Cristo resucitado es el núcleo de nuestra fe y el centro de la vida cristiana. Pero es un hecho que su presencia viva no está arraigada en nosotros, no está incorporada en la vida de nuestras comunidades, no nutre nuestros proyectos. Tras veinte siglos de cristianismo, Jesús no es conocido ni comprendido en su originalidad. No es amado ni seguido como lo fue por sus primeros discípulos y discípulas.

La crisis actual de nuestra Iglesia expresada en nuestros miedos y nuestra falta de vigor espiritual tienen su origen a un nivel profundo. Con frecuencia, la idea de la resurrección de Jesús y de su presencia en medio de nosotros es más una doctrina pensada y predicada, que una experiencia vivida. Urge tomar conciencia de que nada ni nadie nos puede aportar hoy la fuerza, la alegría y la creatividad que la presencia viva de Cristo resucitado. Si no vivimos la experiencia de encontrarnos con Cristo vivo no saldremos de nuestra pasividad, continuaremos con las puertas cerradas, seguiremos haciendo «lo mandado», pero sin alegría ni convicción.

Hemos de reaccionar. Necesitamos de Jesús más que nunca. Necesitamos vivir de su presencia viva, recordar en toda ocasión sus criterios y su Espíritu, repensar constantemente su vida, dejarle ser el inspirador de nuestra acción. Él nos puede transmitir más luz y más fuerza que nadie. Él está en medio de nosotros vivo comunicándonos su paz, su alegría y su Espíritu.

Espíritu para la misión



Salmo Responsorial
(Salmo 117)

R/. La misericordia del Señor es eterna. Aleluya

Diga la casa de Israel:
"Su misericordia es eterna."
Diga la casa de Aarón:
"Su misericordia es eterna."
Digan los que temen al Señor:
"Su misericordia es eterna." R/.

La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es nuestro orgullo. No moriré, continuaré viviendo para contar lo que el Señor ha hecho. Me castigó, me castigó el Señor; pero no me abandonó a la muerte. R/.

La piedra que desecharon los constructores, es ahora la piedra angular. Esto es obra de la mano del Señor, es un milagro patente. Éste es el día del triunfo del Señor, día de júbilo y de gozo. R/.



Aclamación antes del Evangelio
(Jn 20, 29)

R/. Aleluya, Aleluya

Tomás, tú crees porque me has visto; dichosos los que creen sin haberme visto, dice el Señor.

R/. Aleluya, Aleluya

La Palabra del domingo...

Del libro de los Hechos de los Apóstoles

(4, 32-35)

La multitud de los que habían creído tenía un solo corazón y una sola alma: todo lo poseían en común y nadie consideraba suyo nada de lo que tenía. Con grandes muestras de poder, los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús y todos gozaban de gran estimación entre el pueblo. Ninguno pasaba necesidad, pues los que poseían terrenos o casas, los vendían, llevaban el dinero y lo ponían a disposición de los apóstoles, y luego se distribuía según lo que necesitaba cada uno.

Palabra de Dios.
R/. Te alabamos, Señor.

De la primera carta del apóstol san Juan

(5, 1-6)

Queridos hijos: Todo el que cree que Jesús es el Mesías, ha nacido de Dios. Todo el que ama a un padre, ama también a los hijos de éste. Conocemos que amamos a los hijos de Dios en que amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos, pues el amor de Dios consiste en que cumplamos sus preceptos. Y sus mandamientos no son pesados, porque todo el que ha nacido de Dios vence al mundo. Y nuestra fe es la que nos ha dado la victoria sobre el mundo. Porque, ¿quién es el que vence al mundo? Sólo el que cree que Jesús es el Hijo de Dios.

Jesucristo es el que vino por medio del agua y de la sangre; él vino, no sólo con agua, sino con agua y con sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio, porque el Espíritu es la verdad.

Palabra de Dios. R/. Te alabamos, Señor.

Del santo Evangelio según san Juan

(20, 19-31)

Al anoecer del día de la resurrección, estando cerradas las puertas de la casa donde se hallaban los discípulos, por miedo a los judíos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: "La paz esté con ustedes". Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Cuando los discípulos vieron al Señor, se llenaron de alegría.

De nuevo les dijo Jesús: "La paz esté con ustedes. Como el Padre me ha enviado, así también los envío yo". Después de decir esto, sopló sobre ellos y les dijo: "Reciban el Espíritu Santo. A los que les perdonen los pecados, les quedarán perdonados; y a los que no se los perdonen, les quedarán sin perdonar".

Tomás, uno de los Doce, a quien llamaban el Gemelo, no estaba con ellos cuando vino Jesús, y los otros discípulos le decían: "Hemos visto al Señor". Pero él les contestó: "Si no veo en sus manos la señal de los clavos y si no meto mi dedo en los agujeros

de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré".

Ocho días después, estaban reunidos los discípulos a puerta cerrada y Tomás estaba con ellos. Jesús se presentó de nuevo en medio de ellos y les dijo: "La paz esté con ustedes". Luego le dijo a Tomás: "Aquí están mis manos; acerca tu dedo. Trae acá tu mano, métela en mi costado y no sigas dudando, sino cree". Tomás le respondió: "¡Señor mío y Dios mío!" Jesús añadió: "Tú crees porque me has visto; dichosos los que creen sin haber visto".

Otros muchos signos hizo Jesús en presencia de sus discípulos, pero no están escritos en este libro. Se escribieron éstos para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengan vida en su nombre.

Palabra del Señor.
R/. Gloria a ti, Señor Jesús.

